

Luego la adoracion perpetua, imposible á cada cristiano tomado aisladamente, es perfectamente posible á un cierto numero de cristianos reunidos.

Ahora, si la adoracion es posible, quién se atreverá á decir que no séa un deber? No sín duda un deber que obligue bajo pena de pecado mortal, puesto que no está formulado, por éjemplo, cómo el de la comunión pascual. Pero la adoracion perpetua es por lo menos un deber de alta y formal conveniencia. Pues para qué Nuestro Señor permanece en la Eucaristia, si no es para recibir sin cesar nuestros homenajes? Y si es para esto que Jesucristo permanece perpetuamente en la Eucaristia, cómo no seria un deber para nosotros ir á ofrecernos sin cesar? Cuándo un rey de un país vá á una ciudad para recibir testimonios de adhesión de parte de sus habitantes, los buenos ciudadanos se hacen un deber de expresárselos á porfia, de la manera más calorosa que pueden. Y Jesucristo habria venido del cielo á la tierra, se habria instalado en medio de

hacer su hora de adoracion á su elección, ó sorteandola, lo que seria mejor todavia, y cumplir las demás condiciones requeridas, (Bouvier, *Tratado de las Indulgencias*.) — La adoracion perpetua, tál cómo puede ser organizada en una diocesis, está basada en lo que pasa en los monasterios, en dónde está establecida. Allí, cada persona vá en el momento señalado, á pasar una hora delante del altar en dónde está expuesto el Santísimo Sacramento. Pero, para una diocesis, las personas son las parroquias, y la hora de adoracion es el día señalado. Este día puede corresponder más frecuentemente en las ciudades y en los principales centros de poblacion; pero debe brillar por lo menos una vez por año, para los fieles de la más pequeña aldea. Es necesario que todas las parroquias, semejantes á las estrellas dociles á la voz de Dios, vengán cada una á su vez á presentarse delante del Señor y decirle: Héme aquí: *adsum*, y que así la piédad eucaristica, transportando cada día esta solemnidad de una iglesia á otra, tenga durante el año otras tantas estaciones en cada diocesis cómo el sol las tiene en el cielo. (M^r Gerbert, ap. Henri. *Las Magnific. de la Relig.* 4^a ser. tom. 4. pag. 55).

nosotros para recibir nuestras adoraciones, y no seria un deber para nosotros dárselas¹?

1. No ignorais que es por Jesucristo que somos lo que somos. No hay salvacion por ningún otro: *Non est in alio aliquo salus*: porque ningún otro nombre debajo del cielo ná sido dado á los hombres por el cuál debamos ser salvados. En la gran obra de nuestra salvacion, Jesucristo es el principio, el centro y el fin de todas las cosas. El es, segun la expresion de S. Pablo, la piedra angular, sobre la cuál se levanta el majestuoso edificio de nuestra santa religion. Salvador de todo lo que respira aquí bajo; Salvador de todos los estados y de todas las condiciones; Salvador de todos los tiempos y de todas las edades; Salvador de todas las generaciones que han sido, que son y que serán hasta la consumacion de los siglos, Jesucristo solo podia destruir el imperio de la muerte, satisfacer por nosotros á la justicia de Dios su Padre, y volver á la naturaleza decaida sus derechos á la inmortalidad. En el orden de la naturaleza, todas las cosas han sido hechas por él, y nada de lo que há sido hecho no lo há sido sin él. En el orden de la gracia, todas las cosas han sido reparadas por él, y nada de lo que há sido reparado lo há sido sin él. En el orden de la gloria, todas las cosas han sido ordenadas por él, y nada de lo que há sido ordenado lo há sido sin él. Doctor, pontifice y rey juntamente, él há ilustrado al mundo con su doctrina, lo há rescatado con su sacrificio, y lo gobierna con su poder. Los titulos augustos de su divinidad, los beneficios inénarrables de su caridad hacia los hombres, están grabados con caracteres de oro en todas las paginas de nuestras Escrituras. El más sublime de nuestros évangelistas... no há vacilado en decir que el mundo entero no podria contener los libros que seria preciso escribir si se quisiera relatar detalladamente todas las cosas que Jesucristo há hecho. — Y vosotros sabeis, todo lo que el Señor há dicho, todo lo que há hecho y todo lo que há instituido; sus enseñanzas, sus obras, sus instituciones son otros tantos monumentos de su omnipotencia, de su sabiduria infinita, de su bondad ilimitada y sin medida. Y es en honor de este Dios redentor, á quién somos deudores de todos los bienes que nos envia y de los bienes todavia mayores que nos están preparados, que nuestras iglesias resonarán continuas acciones de gracias. La *adoracion perpetua* será un testimonio constante,

Si no nos hémos dado bien nunca cuenta de esta obligación, comprendamos hoy cuán seria y muy fundada es, y en su consecuen-

una manifestacion siempre antigua y siempre nueva de los más bellos sentimientos de reconocimiento de que estaremos penetrados hacia el autor de nuestra fé. Queremos recordaros estas grandes verdades, queridísimos hermanos, porque en ello encontraréis un poderoso motivo para asociaros á los sentimientos de alegría que abundan en nuestra alma, al hablaros de la *adoracion perpetua* de Nuestro Señor Jesucristo. (M^{sr} Rœuss, *Pastoral para el restablecimiento de la adoracion perpetua.*)

— Pero no podría yo expresar uno de los pensamientos y de las recomendaciones de Pio IX, si omitiera hablaros de la Santa Eucaristia. Yá, este magnifico pasaje que os hé leído sobre la unidad jerárquica de la Iglesia, habia hecho notar que las doce tribus del pueblo de Israel tenían un principio comun de vida en el mismo alimento maravilloso con que todos se alimentaban dirigiendose hacia una misma patria: *et admirabili vescens cibo, eamdem concordibus votis tendebat ad metam.* Imposible de no leer textualmente, para vuestra enseñanza y la mia, lo mismo que para enardecer la piedad, esta pagina conmovedora, en la que el Vicario de Jesucristo nos amonesta para permanecer pegados al tabernaculo, y en la cuál, recordando incidentalmente la obligación de tener las lamparas ardiendo delante del altar eucaristico, nos pide encender y sostener en nuestras almas sacerdotales y en las de los fieles confiados á nuestros cuidados, luces y fuegos todavía más ardientes y más inextinguibles: « Y ahora, para que mis aspiraciones se llenen, y mis trabajos y los vuestros lleven á los pueblos cristianos frutos abundantes de justicia, levantémos nuestros ojos hacia Dios, origen de toda justicia y de toda bondad, en quién nuestra esperanza encontrará la plenitud del socorro y la fecundidad de la gracia. Y, cómo tenemos por abogado cerca del Padre, á Jesucristo su Hijo, el gran pontifice que há tomado posesion de los cielos, y que, en el admirable sacramento de la Eucaristia, está con nosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos, coloquémos á este Redentor muy amoroso, venerables hermanos, coloquémosle cómo un sello en nuestro corazon y en nuestro brazo; y dirijamos con toda confianza nuestras oraciones á este altar, en dónde el autor mismo de la gracia há establecido el trono de su misericordia, y en dónde espera, deseoso

cia, tomémos para el porvenir la resolucion de cumplirla, y, en caso de necesidad, excitar áquellos sobre quiénes tenemos influencia

de aliviarlos, á todos los que se doblan bajo el peso del trabajo y del sufrimiento... Corresponderá á vuestra piédad, venerables hermanos, trabajar con todas vuestras fuerzas para que los fieles que os están confiados crezcan cada dia en el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo; que le veneren, que le vuelvan amor por amor, que se complazcan en visitarle con frecuencia en el sacramento augusto en dónde reside. Nada será más digno de vuestro celo y de vuestro cuidado que hacer despertar en el corazon de los fieles un sentimiento de piédad reconocida, cómo hacer encender la llama incesante de la caridad, cómo brillan los fuegos sagrados alrededor de su tabernaculo. » (El Cardinal Pie, *Platicas al clero*, — 18-22 de Julio 1867). — Es una costumbre en todos los pueblos, en todos los climas y en todos los tiempos, y pareceria que no fuése posible la sociedad, si los hombres estuvieran privados de la dicha de visitarse los unos á los otros. Los amigos, cómo para doblar sus alegrías ó disminuir sus penas ván á comunicarlas á sus amigos; los niños necesitan las caricias de su madre; es su sonrisa que disipa su disgusto, es la aprobacion de su padre que sostiene su animo, y todos nosotros tenemos necesidad de volver á ver el hogar que nos há cobijado... En otro orden de cosas, habéis notado cómo se rodea á toda hora la puerta del palacio de los grandes, de los ricos y de los poderosos? Se necesita apoyo... Pues bien, hermanos míos, nuestro amigo de elección, es el Dios del Tabernaculo. *Jam non dicam vos servos, sed amicos...* Nuestro Padre es el Dios del Tabernaculo: *Ego quasi nutritus portabam eos in brachiis meis...* Nuestra madre es el Dios del Tabernaculo: es él quién nos há alimentado, no solamente con su leche, sinó con la más pura sangre, es él quién nos há educado en la libertad y en el honor: *Filios enutrivit et exaltavit...* Nuestro rey es el Dios del Tabernaculo, este Dios lleno de dulzura y de mansedumbre. Es él quién nos ofrece su riqueza, su apoyo y su amor... Muy diferente de los príncipes de la tierra, él nos prodiga su presencia. Nada de obstaculos, nada de guardias para ocultarle á nuestros encuentros. Una vez entrado en este tabernaculo, él no saldrá más, allí estará con nosotros hasta la consumacion de los siglos. Todos los dias está en este lugar, el oido atento y corazon sensible á

para que hagan lo propio. — Por lo demás, la adoración perpetua del Santísimo Sacramento no es solamente un deber, es también, hémos añadido,

II. — *Un honor.* — Acabamos de hablar de un rey que vá á visitar una de las ciudades de su reino, y de la diligencia y apresuramiento de sus habitantes para expresarle su alegría y sus deseos, así cómo para testimoniarse su adhesión. Pero es solamente para cumplir con un deber que ellos obran así, y no se consideran sobre todo honrados por sér admitidos hacerlo? También es un favor algunas veces solicitado mucho tiempo por los representantes de la ciudad, y que no es casi nunca concedido á las pequeñas poblaciones. Pero son principalmente aquellos que son admitidos á presentar personalmente sus homenajes al rey, que se consideran grandemente honrados! Para llegar á procurarse este honor, no hay gestiones que no se practiquen, ni gastos que parezcan excesivos, ni formalidades á que no se someta. Se cambia sus costumbres,

nuestros suspiros... Allí está y estará siempre, á pesar de los esfuerzos de la impiédad para hacerle odiosa esta residencia. Se verá y se há visto nuevos Héliodoros saquear los tesoros del santuario; otros Antiochos extenderán el terror y el espanto; nuevos Baltasar harán servir para el libertinaje los vasos sagrados destinados al sacrificio. Se verá á los enemigos de la Iglesia, y algunas veces á sus hijos también destruir las banderas sagradas, romper las puertas pacíficas de los tabernáculos; el sacerdote maltratado y la oración prohibida á los fieles. Se verá cristianos, se há visto hombres, las manos teñidas en sangre, arrancar de su asilo á un Dios, cuyo nombre fué también invocado sobre ellos, hacerle el juguete de su furor y arrastrar su cuerpo saqueado por el barro... Y á pesar de todo esto, Jesús permanece en medio de nosotros. Por [nosotros, sus oídos escucharán las más horribles blasfemias, sus ojos verán las más repugnantes orgias, y le abandonaremos y pasaremos indiferentes por delante de su casa! Oh! no, cristianos, la Iglesia espera mejor proceder de vuestro corazón... *Adeste fideles*... Ella nos llama; váyamos á consolar á este corazón martirizado que tanto nos há amado. (Deguin, *Semana del Clero*, tomo 11, pag. 549.)

se hace callar sus gustos, se vencen las susceptibilidades. Y todo esto para tener el honor de comparecer delante del rey, que quizás no os mirará.

Sin embargo, qué es un rey, os pregunto, comparado con Nuestro Señor Jesucristo? No es en realidad más que un hombre, lo mismo que nosotros, tierra y polvo cómo nosotros, sujeto á las mismas enfermedades y dolencias, pecador cómo nosotros y más expuesto que nosotros al peligro de hacer mal, muy pronto cadáver, y, por último, cómo nosotros, justiciable en el supremo tribunal de Dios. Y si es un honor tan envidiado sér admitido á presentar sus homenajes á un rey, qué honor mayor no será el sér admitido á ofrecer sus adoraciones á Nuestro Señor Jesucristo! Porque aquí no es ya un rey, un hombre, sinó Dios mismo; es decir, el Criador y el Dueño de los hombres y de los reyes, y el gobernador supremo de la tierra, de los cielos y de todos los elementos. Delante de él, todo es pequeño; aun el universo entero, con todo lo que contiene, es cómo nada en su presencia¹. Delante de él todo tiembla y á su voz todo obedece, los astros y los rayos responden: *Héme aquí*²! Y lo que celebra su gloria, no son los instrumentos de alguna orquesta minúscula, el balbuceamiento enfático de algun retórico; es la voz majestuosa de los cielos y del firmamento³, son los estallidos del trueno y los mugidos de las tempestades y de los mares⁴. Ah! cómo es grande nuestro Dios, y cómo es poderoso! A su solo nombre, toda rodilla se dobla en la tierra, en el cielo y en los infiernos⁵. Qué honor no es pertenecerle, acercarse á él, ser admitido en su presencia, arrodillarse delante de él, ofrecerle homenajes y adorarle! No es ésa toda la ocupación de los ángeles, y no es de esta ocupación que ellos están más altivos, la que les es más querida, porque constituye toda su gloria? Y lo que es tan soberanamente honroso para los ángeles, estas criaturas sublimes, no lo

1. Ps. xxxviii, 6.

2. Job. xxxviii, 35. — 3. Ps. xviii, 1. — 4. Ps. xcii, 4.

5. Phillip. ii, 10.

será para nosotros? También en esto reformémos nuestras ideas, si hay necesidad, y consideremos la adoracion perpetua cómo constituyendo para nosotros el mayor honor al cuál una criatura pueda aspirar, puesto que en el cielo mismo no lo hay más elevado¹.

1. La luz que resplandecia sobre el tabernaculo de la antigua alianza, la columna de nubes que iba delante del pueblo de Israel para protegerle y guiarle, todas estas señales sensibles de la presencia del Altísimo ponian el alma de Moises en un arrobamiento que no podia dominar; ellas excitaban en su corazon sentimientos de reconocimiento que expresaba en santos canticos, repetidos con alegría por los hijos de los Hebréos. Parecia á este gran profeta, que no podia existir entre el Criador y la criatura comunicaciones más intimas; y que el cielo no podia inclinarse hacia la tierra con más misericordia, ni derramar sobre ella más asombrosos favores. « Nó, exclamaba, no hay nacion, por poderosa que sea, que tenga dioses tán proximos á ella, cómo nuestro Dios lo está de nosotros! » Este lenguaje de admiracion no debe brotar de nuestros labios, querídisimos hermanos, cuándo contemplamos el poder milagroso dado á un sacerdote de la nueva ley, de hacer aparecer en nuestros altares, no signos de la Divinidad, sino la Divinidad misma, unida á la humanidad en la adorable persona de Jesucristo, Hijo de Dios vivo? Y cuándo volvemos nuestras miradas hacia este santuario en dónde habita réalmente el Santo de los Santos, velando su majestad bajo las apariencias de un pan, no tenemos derecho, cristianos, de confesar que jamás nacion alguna, fuésen los que fuésen sus privilegios y su grandeza, há tenido á su Dios más cerca de ella? No temais que el ruido del trueno y del relampago que abrasa á la nube, venga á helar de temor al tímido adorador que se presenta á los pies de su divino Maestro. *Venid á mi vosotros todos que estais abrumados de penas y yo os aliviare.* Hé aquí las dulces palabras que del arca santa se harán oír, para atraeros y afianzar vuestra alma si ella vacila. El temor de la muerte no nos impide el acceso á esta montaña bendita: á ella nos sentimos llamados por el autor de la vida. Un querubín con su espada de fuego no guarda yá la puerta de este lugar de delicias; el acceso es facil á todos: la paz reina en la frente de los angeles que rodean al Dios de paz, porque el temor deja el puesto

III. — *Por ultimo, la adoracion perpetua del Santísimo Sacramento es para nosotros una necesidad.* — Sin duda alguna, toda obra bien hecha exige que las partes de que se compone, estén tán arregladas entre si, que las unas y las otras faciliten mutuamente su accion, para concurrir todas réunidas al resultado querido. Si hay en una maquina, por éjemplo, un resorte que empuje una pieza, es preciso que esta sea perfectamente flexible y ceda á su impulso. Y si hay un diente que fije á otra pieza, es necesario que esta se deje igualmente tirar, sin lo cuál la maquina estaria mal hecha y no andaría. Más complicada es la maquina, más es necesario que háya armonia perfecta en todo su rodaje. Y si esto es verdad de una maquina puramente material, cuánto más no lo será todavia de la maquina humana, material y espiritual á la véz, y la más maravillosa que se pueda ver! En el hombre, todo está combinado de una manera absolutamente perfecta, tenemos por garantia la habilidad soberana del artista que la há hecho, puesto que este artista es Dios.

Sentado esto, digo, que el hecho solo de que adorar á Nuestro Señor es para nosotros un deber, implica que ello es tambien para nosotros una necesidad. Si fuéramos de otro modo, la adoracion que nos está mandada, no encontraria en nosotros una disposicion correspondiente para facilitarnos el cumplimiento de este deber, y se estaria en el derecho de acusar á la prevision del artista divino que nos há hecho. Pero es lo que no se puede hacer, porque la necesidad de adorar existe verdaderamente en nosotros. Y existe tán bien y tán solida, que no podemos abstenernos de adorar, cómo no podemos abstenernos de comer. Así, desde que alguno cesa de adorar á Dios, al instante lo hace á la criatura. Es lo que explica el inmenso exito del paganismo y de todas las falsas religiones. Si el hombre no estuviéramos impulsado por una necesidad interior é

al amor. Nó, no hay nacion que pueda glorificarse cómo el pueblo cristiano de tener su Dios más cerca de ella. (Card. de Bonald, *Pastoral para recomendar la piadosa practica de la adoracion perpetua.*)

irresistible de adorar, cómo explicar el culto que se há tributado á tantos idolos absurdos y tan indignos de él? Pero para satisfacer esta necesidad, ofrecia su homenaje á lo que no mereceria más que su desprecio, cómo el que está hambriento se arroja con avidéz sobre lo que no puede más que hacerle mal. — No es igualmente para satisfacer esta necesidad, que corazones pobres énamorados, dicen al objeto de su pasión: Yo te adoro! y que otros, sin decirlo, se conducen exactamente del mismo modo, sea haciendose un dios de su vientre, sea adorando el oro, ó cualquier otra cosa perecedera?

Si, mil veces sí, es para nosotros una necesidad irresistible adorar, más que esto, una necesidad adorar á Dios. Porque en tanto que no adoramos más que á las criaturas, permanecemos hambrientos de adoracion, y nuestra necesidad no está de ningun modo satisfecha, nuestro corazon carece de reposo. Véd las agitaciones perpetuas en las cuáles se agitan y se fatigan los adoradores de la materia, buscando siempre nuevos objetos que adorar, y aprendéd de ellos cómo dirigen necesariamente mal sus adoraciones. En cuánto á los que las dirigen á Dios, véd qué paz y qué delicias disfrutan, y deducíd que se conducen conforme con las leyes y las condiciones de nuestra naturaleza, puesto que en ellos su necesidad de adoracion está satisfecha¹.

1. Llamo un momento divinamente sublime, áquel en que se eleva la Eucaristia en la custodia para bendecir á los fieles, ó cuándo el sacerdote, despues de la consagracion, muestra la Hostia al pueblo para que la adore. La Santa Trinidad, la Divinidad en persona, la redencion, la santificacion, la vida eterna, los terrores y la alegria de la eternidad, todo esto el fiél catolico lo vé y lo siente en este momento admirable. Su cuerpo y su espiritu no están ya en la tierra, están con Dios, cómo Dios está con él! Qué ministro protestante, qué cismático, puede vanagloriarse de haber jamás producido, con sus sermones de moral los más acabados, en el alma de sus oyentes, esta contemplacion viva del Dios invisible, esta réalización « de lo que el ojo no há visto nunca, el oido no há escuchado, y el corazon humano

No completamente sin embargo. Para que, adorando á Dios, esta necesidad fuése plenamente satisfecha, seria necesario que pudiésemos adorarle sin interrupcion, cómo hacen en el cielo los angeles y los santos. Los que han encontrado la felicidad en la adoracion de Dios, saben por experiencia que pena se siente en suspender una ocupacion tan noble y tan dulce. Sin embargo, adorar á Dios sin interrupcion, lo hémos dicho, no es posible en este mundo á cada cristiano tomado aisladamente. Qué satisfaccion no es para nosotros, en esta situacion, de poder, gracias á la union organizada entre los fieles de la parroquia y los de toda la diocesis, ofrecer á Dios una adoracion que, en un sentido, no se interrumpe jamás! Personalmente, no estamos siempre al pie de los altares; pero sabemos que Nuestro Señor Jesucristo no está solo, que recibe de una manera continua las adoraciones que le son debidas, y que es en nuestro nombre que le son ofrecidas. Asi podemos consolarnos de la impotencia en que estamos de adorarle nosotros mismos siempre, y nuestra necesidad de adorarle sin cesar está satisfecha en la más amplia medida que pueda sérlo¹.

no há sentido jamás? » Cuándo, durante mi estancia en Viena, me encontré un domingo por la mañana en la iglesia imperial, y á la elevacion del Santísimo Sacramento una multitud apiñada de muchos miles de personas se postró de rodillas alrededor mio, yo mismo hice involuntariamente, cómo el catolico más ferviente, los ojos llenos de lágrimas, el corazon conmovido por una irresistible emoción, y la oracion se escapó ardiente de mis labios. (Jenisch, pastor protestante. Citado en el *Catecismo de Perseverancia*, 3, p. 1. secret, lec. 10).

1. Si los mundanos sospecháran las dulzuras que encierran los colloquios con Jesucristo en la Santa Eucaristia; si hubiéran sentido una vez solamente el contentamiento y la alegria que tiene un alma fiél cuya piédad lleva al pie de los santos altares cada tarde, y que, en la calma del santuario, á la hora en que todos los ruidos de la tierra comienzan á acallarse, conversa á solas con su Dios, confia á su corazon amante, ya sus alegrías, ya sus penas, semejante á un hijo muy querido hablando á su padre! Oh! si vosotros mismos, mis queridos hermanos, comprendiérais el dón que Dios os há hecho en el Santi-

Conclusion. — Tales son, cristianos, los motivos por los cuáles debemos tomar parte en la solemnidad de la adoracion perpetua del Santisimo Sacramento. Debemos hacerlo, porque la adoracion perpetua es un deber, porque Nuestro Señor es Dios sin interrupcion y merece, por consiguiente, una adoracion constante. Debemos tomar en ella parte, porque la adoracion perpetua es un honor, no habiendo nadie que sea tan grande y tan poderoso cómo Nuestro Señor Jesucristo. Y, además, porque la adoracion perpetua es una necesidad, por ser un elemento de nuestra dicha, y por consiguiente, no podemos sin ella aspirar á la parte de felicidad que es posible gustar en este mundo. Cristianos, en presencia de tales motivos, puede nuestra piedad no despertarse y encenderse? Y si hémos venido aqui esta mañana con tibiéza, no terminaremos este dia en los sentimientos del más vivo fervor? Tales son los frutos que debemos sacar de las reflexiones que acabamos de hacer. Debemos tomar también, desde hoy, la resolucion de celebrar todavia mejor esta solemnidad, cuándo volverá otra véz. De este modo la adoracion perpetua será uno de los mejores medios para prepararnos las alegrías del cielo. Así sea.

simo Sacramento, cómo os despediriais éternamente de los placeres del mundo! Pero venid en estos dias benditos, en que el corazon de nuestro Dios estará todavia más tierno, venid y comprobaréis que ninguna boca humana podrá repetir todo lo que estas relaciones, estas visitas tienen de suave y atractivo... Contemplád un instante esta alma entregandose delante de Dios á las dulces éfusiones de su amor; oidla exclamar en los transportes de su alegría: Oh! Señor, cómo son amables vuestros tabernáculos! qué bien se está cerca de vos! Si, Dios mio, un solo dia pasado en vuestros templos vale más que mil años pasados en casa de los pecadores. Tal es la abundancia de consuelos de que está enardecida, que se vé obligada á exclamar cómo San Luis de Gonzaga: « Es bastante, Señor, retirádos de mí. » Cierto es que quizás no sentirá siempre estas dulzuras sensibles, y que el Señor parecerá ocultarse y retirarse de ella algun tiempo: pero en-

PARA LA ADORACION PERPETUA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

SEGUNDA INSTRUCCION

Condiciones de la Adoracion perpetua.

I. Cómo es preciso prepararse. — II. Cómo es preciso asistir.

Si me preguntáis, cristianos, las razones por las cuáles há sido instituida esta adoracion perpetua, me bastará deciros, sin que tenga necesidad de explicaroslo más extensamente, que es principalmente para multiplicar los homenajes que son debidos á Nuestro Señor Jesucristo en el augusto y admirable sacramento de la Eucaristia, memorial sublime de su amor por los hombres, así cómo para atraer sobre nosotros una abundante éfusión de gracias. Pero responderia esta solemnidad al pensamiento de su institucion, es decir, lograría el objeto que se propone la Iglesia, si se limitara á celebrarla de una manera cualquiera, y nó cómo conviene? Seguramente que nó, y en este caso, seria por lo menos una solemnidad inutil, cómo lo es toda accion, aunque sea santa, éjexecutada fuera de las condiciones que exige. Es por éso que me parece muy util hablaros de las condiciones requeridas para tomar parte, de una manera conveniente y ventajosa, en la solemnidad de la adoracion perpetua. Y estas condiciones, voy á haceroslas conocer, explicandoos, primeramente, cómo es preciso prepararse para tomar parte en la solemnidad de la adoracion perpetua, y en segundo lugar, cómo es preciso asistir.

I. — *Cómo es preciso prepararse para tomar parte en la solem-*

tonces espera pacientemente la vuelta de su amado bien, y se considera feliz por haberle ofrecido, cómo sacrificio, estos rechazos y estos desdenes aparentes. (Duguin, loc. cit.)